



Asociados a la obra de la gracia

Fr. Duberney Rodas Grajales

La vida discipular del cristiano, está determinada por la consciencia de la elección divina que está enraizada en el amor manifestado en Jesucristo quien nos invita a participar en su misión. De esta manera entendemos la actualidad de la Palabra que meditamos en este domingo, en donde podemos encontrar reflejo de los frutos y resistencias a la misión. En todo caso en nuestra vocación discipular debemos siempre tener presente que en ella sólo somos cooperadores de la gracia, pues es Dios mismo quien nos elige, inspira y sostiene en la misión de proclamar la Buena Nueva de Salvación:

En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que Él nos amó primero y que es Dios quien hace crecer. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo. (Evangelii Gaudium n.12)

En la profecía de Amos, podemos descubrir como la conciencia de su elección le permite permanecer firme en su misión. Entendemos que no es fácil para una persona de origen campesino, llegar a un reino en constante crecimiento y progreso humano para denunciar la injusticia de sus dirigentes políticos y religiosos, quienes acomodan la palabra de Dios para poder oprimir al pobre. Como consecuencia Amós fiel a la palabra que Dios le ha dirigido, profetiza diciendo que los sacrificios y oraciones que se le ofrecen a Dios en Betel, no le complacen, porque están cargados de injusticia y falsedad, así que todo lo que ven quedará reducido a ruinas. Las catástrofes anunciadas por el profeta, son interpretadas por el sacerdote Amasias como el origen de las desgracias de su pueblo. Bajo este argumento lo expulsa de la ciudad, diciendo que no necesita su profecía, ya que bajo su dominio cuenta con un grupo de visionarios.

A pesar de las amenazas Amós permanece fiel al mensaje que se le ha comunicado argumentando: “Yo no soy profeta ni hijo de profeta, sino pastor y cultivador de higos. El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo, Israel” (Am 7, 14-15). Con ello podemos percibir que para quien tiene la certeza de recibir una inspiración divina, su palabra no puede ser negociada, sólo se debe transmitir como se ha recibido con la confianza en que con su obrar Dios confirma su palabra. Lo que motiva la profecía y el rechazo de la ofrenda en Betel, cuyo nombre significa “ciudad de Dios” es que en el mismo altar que se le ofrece sacrificios a YHWH se le están ofreciendo a diferentes divinidades, y cuando se ofrece en nombre de Dios, esta ofrenda se contradice con las extravagancias con



las que viven los dirigentes civiles y religiosos del pueblo, quienes se han olvidado de practicar la justicia delante del Señor y han caído en el pecado de ofrecer un sacrificio exterior sin ninguna referencia a la Alianza.

La misión del profeta, se ratifica en la vida discipular del cristiano. Al extender el nombre y la obra de Cristo, podemos ver realizada la profecía de Amos, que por mandato divino había anunciado la restauración por medio del descendiente de David, quien ofrecerá un sacrificio agradable a Dios. Aquí tiene lugar el himno cristológico de san Pablo, por medio del cual canta el gozo de sabernos invitados a unirnos con toda la creación en la alabanza que complace al Padre: “Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo, cuando llegara la plenitud de los tiempos: hacer que todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, tuvieran a Cristo por cabeza” (Ef 1,9-10). Lo primero que podemos identificar como buena nueva, es que se nos anuncia que en Cristo vivimos en el tiempo del cumplimiento de las promesas, este es el misterio que se nos ha revelado y que estamos llamados a comunicar en nuestra vida discipular.

Jesús los asocia a su misión recibida del Padre: como el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, así, aquellos a quienes Jesús envía no pueden hacer nada sin Él de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los apóstoles de Cristo saben por tanto que están calificados por Dios como ministros de una nueva alianza, ministros de Dios, embajadores de Cristo, servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios (CEC 859).

La vocación discipular se decanta por una plena comunión con Cristo, lo cual sustenta la confianza del discípulo en su misión. Comentando el evangelio de este día san Gregorio Magno comenta que “este envió de dos en dos, sustenta la condición del predicador que debe sostenerse en el ejercicio de la caridad”. La predicación y la caridad son la manera de preparar el camino para el Señor, por ello el evangelista deja consignado el mandato del Señor de esta manera: “llamó Jesús a los Doce, los envió de dos en dos y les dio poder sobre los espíritus inmundos.” (Mc 6,7) La manera en que recalca la pobreza con la que deben partir a la obra de la predicación, resalta la confianza que han de tener en Dios, para que de esta manera las cosas de este mundo no les desvíen de su verdadera misión. En cuanto a la paga que puede recibir en los lugares en donde es acogido, esta le debe alentar a la acción de gracias, pero ante todo debe vivir con la certeza de que es Dios mismo quien provee, por ello no predica para recibir la paga sino la recompensa eterna, la cual no se adquiere en prestigio o metálico en esta tierra.

Todos estos signos misioneros, incentivan la vida discipular para que en búsqueda de santidad cada uno de los miembros de la iglesia sepamos discernir nuestra vocación. En ellos podemos encontrar eco a la invitación pastoral del Papa Francisco:

La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. (Evangelii Gaudium n.24)